

Sobre un inédito de José Emilio Pacheco

*Gabriel Ramírez Aznar**

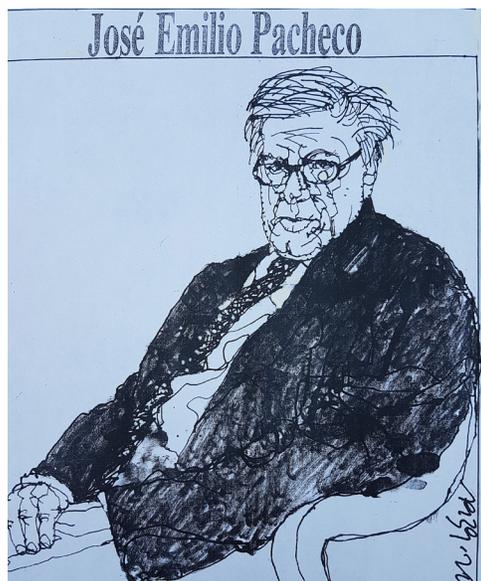
Recibido: el 3 de noviembre de 2019
Aprobado: el 15 de enero de 2020

Nadie más honorable y virtuoso que JEP, quizá el más querido y destacado talento de esa tierra rebotante de talentos que fue la generación mexicana de los treinta. Intelectual a todas horas y de toda la semana, era un estricto total que se las arregló para construir una obra sólida y entretenida a la vez, sin saber cómo buscar su tiempo para preocuparse por la odiada patria y sus calamidades sin fin. Sus convicciones políticas no creo que fueran tantas ni tan profundas como para tomar partido, aunque siempre cuidó las formas de estar justo y en el lugar correcto en el heterogéneo club de los “abajo firmantes”, donde tenían cabida desde precavidos mundanos hasta suicidas precipitados. En este sentido, tuvo fama de saber marcar su línea y aun así expresar su constante pesar y descontento por los males de México. No a gritos de

vulgar provocador, sino más bien moderadamente y a través de exhalaciones poéticas. Vivió hundido en su trabajo y poseído por una urgencia tal que resultaba sorprendente el volumen de sus entregas periódicas publicadas durante años y de manera infalible, obsesiva. Ahora, que además fuera maestro en universidades extranjeras y escribiera poesía, cuento, novela y guiones iba más allá de mi limitado entendimiento. No a qué hora, sino ¿Cómo era posible que pudiera compaginar tantas disciplinas prácticamente sin sonreír y sin despeinarse? Me habré preguntado sin encontrar respuesta; porque además de casado y con hija, no paraba de leer libros que nunca compraba sino que le llovían de obsequio.

Tuvo que haber sido en una soledad que debió ser nada fácil, pues a JEP lo que le sobraban eran relaciones de

*Pintor, escritor, investigador cinematográfico. Miembro de la generación de La Ruptura.



todo tipo (intelectual), aunque me imagino que no demasiados amigos. No era un solitario, pero sí desconfiado e inexpugnable, abierto a muy pocos, a poquísimos que le querían y respetaban por su legendaria integridad y conocimiento de las cosas culturales más allá de nuestras mentes y fronteras. Era lugar común y a veces hasta impertinencia humorística que a la hora de los nobel de literatura surgieran nombres de lo más raro (Odysseas Elytis y Jaroslav Seifert o Shmuel Yosef Agnon y Wislawa Szymborska), y los eruditos del patio se miraban lelos interrogándose quiénes rayos eran para después, como algo de lo más natural, salir del apuro: “Hay que preguntarle a José Emilio” y sí, invariablemente, JEP sabía. Y eso que aún no existía el internet.

De estas sanas proezas casi deportivas fincó parte de su fama de conoedor de todo lo que a uno le cruzara por la mente.

Contemporáneo mío, le conocí antes de volverse un inalcanzable monstruo sagrado, en los felices días que era posible coincidir una noche en casa de los Rojo (no los actores, el pintor). La noche aciaga de los tres tímidos sin habla en la que una desolada Albita soportó de todo hasta el final ver sin poder decir pío como JEP se despachaba el solo con ímpetu animal el postre: “La natilla era para todos”, alcanzó a balbucear para bochorno de los presentes, por fortuna más bien lacónicos, lo que ayudó a que el incidente no pasara a mayores excepto que Vicente y yo no pudimos probar la natilla a la española.

En esos años, a mediados de los sesenta, el trato social no era fácil para él ni para mí, aunque era obvio que su existencia pública, por más que escondiera y no dejara mostrar mucho, se establecía poco a poco. Mientras, yo me mantenía más bien atrincherado y apartado en el uniforme aislamiento de la publicidad y la pintura. Fue por eso que sería una inesperada casualidad que el cine, vía Ripstein, nos reuniera de nuevo, específicamente por los carteles del El Castillo de la Pureza y el Santo Oficio, cuyos guiones eran suyos. La ocasión pro-

pició vernos varias veces y fue en uno de esos encuentros que, favorecido por las circunstancias, le hablé de una serie de dibujos y textos sobre artistas que entonces comenzaba a hacer. Hablamos del proyecto, de la posibilidad que el Fondo se interesara por él y un etcétera ambicioso que involucraba a la Chaneca, Mutis y García Márquez con sus influencias. A pesar de advertirle que aún no había nada en concreto, aceptó colaborar: "Voy a romper uno de mis principios y escribir sobre algo que no conozco, que no he visto".

Situado en perspectiva, tal generosidad era típica de una época en la que la camaradería hermanaba a todos más o menos por igual, ya que en aquellos días de vida diaria en la Zona Rosa, las figuras grandiosas que marcarían la diferencia no tomaban todavía forma. En determinados niveles, las grandes luminarias futuras podían aún soportar a su alrededor a otras más pequeñas y sin tanta luz; o sea, a la plebe intelectual. Fue eso un poco lo que pasó. Eso y, supongo, el anzuelo dorado de una posible publicación en el Fondo.

Pero el momento no era el adecuado. Sucedió en los complicados días de mi mudanza a Mérida, que fue donde finalicé el trabajo mucho después de recibir el texto de JEP, mismo que corrigió obsesivo a través de insistentes

llamadas telefónicas: "No se te vaya a ocurrir publicarlo sin que lo revise antes". Y lo revisó. Pero la advertencia fue inútil porque el trabajo nunca se publicó y eso que Rafael López Castro lo tuvo en el Fondo bastante tiempo antes de que todo se fuera al carajo. (En paréntesis lamentable, ya en plan mendicante, un día acompañe a la Chaneca a entrevistarme con Mario Moya Palencia, director entonces de El Sol de México. El plan maestro era interesarlo en el proyecto y por más absurdo que fuera aceptó, pero con sus condiciones: "Lo puedo publicar cada domingo, un poco al estilo de Aunque Usted No lo Crea de Ripley. No le veo de otra". Luego de agradecer humildemente la molestia al siniestro y chocarrero ex secretario de Gobernación de nada menos que Díaz Ordaz y Echeverría, Chaneca y

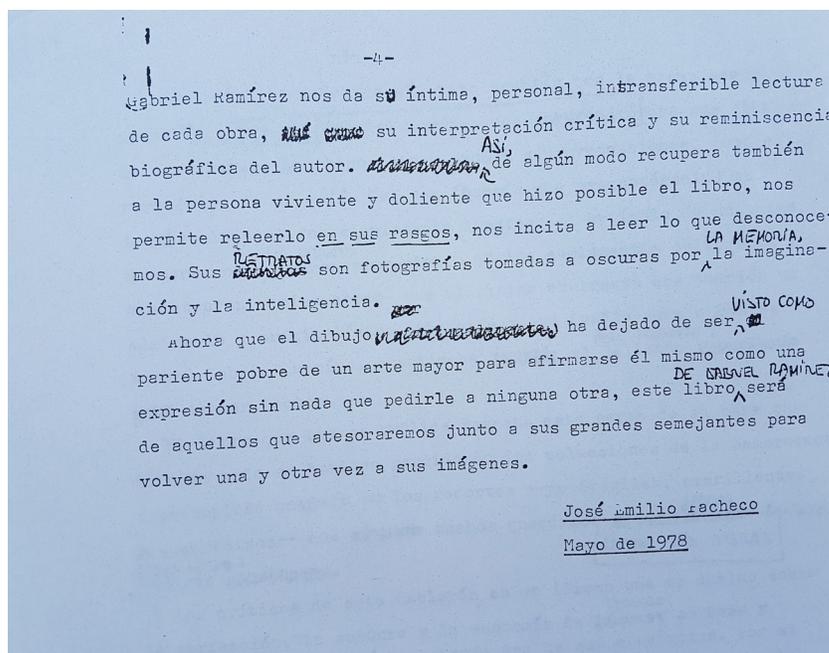


como el niño que al dar sus primeros pasos rompe todo lo que encuentra. Creíamos, y quién no lo ha creído en su momento, que el arte, la política, la moral, la crítica y las demás cosas empezaban con nosotros y, así como sólo nos precedía el desierto, no iba a haber nada después. Todos nos conocíamos y éramos amigos hasta en nuestras discrepancias. Ignorábamos las catástrofes que nos esperaban y los abismos que se abrirían para separarnos.

“En estas circunstancias GR parecía singularmente serio y callado. Nunca le escuche prohibir ninguna forma de hacer arte ni afirmar para convenirse: soy el mejor en lo que hago y todos los demás son imbéciles. Como la mayor parte de los auténticos artistas, GR llevaba la música por dentro. No quería gastarla en manifestaciones externas. Su actitud pudorosa era una expresión de su inteligencia.

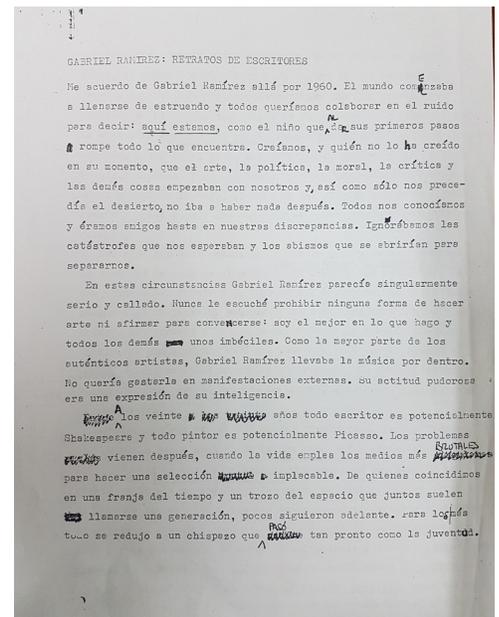
“A los veinte años todo escritor es potencialmente Shakespeare y todo pintor es potencialmente Picasso. Los problemas vienen después, cuando la vida emplea los medios más brutales para hacer una selección implacable. De quienes coincidimos en una franja del tiempo y un trozo del espacio que juntos suelen llamarse una generación, pocos siguieron adelante. Para los más todo se redujo a un chispazo que pasó tan pronto como la juventud.

“ Y es que, como a veces se olvida, no se pinta, se escribe, se filma, se compone música o se hace teatro en una campana de cristal sino en una realidad que determinan las relaciones económicas. El uso ha desgastado la fuerza que originalmente tuvo la expresión Ganarse la Vida. Tres o cuatro privilegiados (privilegiados entre otras cosas por su talento) pueden vivir de hacer lo que les guste. Para los demás, por muy ‘profesionales’ que sean en su verdadero trabajo, el arte es una afición que en vez de dar cuenta y exige a cada uno convertirse en su propio y modestísimo mecenas. “Por aquellos años comenzaba la mezcla explosiva de trasladar la sociedad de consumo al mundo de la miseria. Para el artista o aspirante a serlo, la publicidad era una alternati-





va frente a la burocracia, la tienda, el consultorio o el despacho. Muchos se acogieron a ella como el trabajo más cercano a lo que deseaban hacer –y también el mejor pagado-. Lo grave está precisamente allí: en la cercanía. Algunos aplazaron indefinidamente su proyecto. Su obra plástica se quedó en dibujos para El Palacio de Hierro, sus versos en jingles para la Coca Cola. “GR no: él fue de los afortunados, de los fuertes, que supieron sacar partido de lo que desgastó a otros. Sus años publicitarios enriquecieron en vez de mellarlos, sus dones y su oficio. Y lo más sorprendente fue verlo multiplicarse con eficacia en labores que se dirían de por lo menos tres personas distintas: el excelente pintor abstracto, el filmógrafo de una sabiduría que sólo parece concebible en varias instituciones y no en una persona, el crítico que fundó con Emilio García Riera La Semana en el Cine y luego nos dio un libro, El Cine de Griffith, como nadie había sido capaz de hacerlo no con todos los recursos –económicos, bibliográficos, filmográficos- de los propios Estados Unidos. “Con idéntica modestia, sí, pero también con la misma segura maestría, GR nos sorprendió otra vez con sus dibujos de escritores. Los hizo poco a poco, sin pretensiones, como en la servilleta de un café. Tal vez (habría que preguntárselo) su impulso inicial



fue simplemente ilustrar el artículo de un amigo. Uno tras otro, los dibujos fueron apareciendo en los suplementos culturales y demostraron varias cosas: que el pintor abstracto era también un admirable y originalísimo dibujante y que (nadie sabe a cuáles horas) GR practicaba el arte profundo y delicado de ser lector.

“El libro que hoy se publica rescata esta parte de su obra que de otro modo se hubiera perdido en las colecciones de la hemeroteca o se hubiese quedado en los recortes –ya frágiles, amarillentos, quebradizos- que muchos guardamos entre las obras de estos mismos autores.

“Los críticos de arte hablarán, en un idioma que no domino, sobre la perfección, la soltura y la economía de

trazos, sombras y volúmenes con que está hecho cada uno de estos retratos. Por mi parte, sólo puedo decir hasta qué punto pertenecen también a dominios tan alejados de las artes plásticas, como la biografía y la crítica literarias. Ignoro si el autor está consciente de ello. Puedo aducir al menos que este carácter, más de desprendimiento de la lectura que de simple dibujo de encargo u ocasión, se manifiesta en el hecho de que a menudo Gabriel Ramírez ‘se trae’ del libro algunas líneas de las que fue imposible despegarse. Y esas palabras forman una especie de marco o soporte del rostro, el busto, la silueta o figura.

“Los autores muertos son para nosotros únicamente sus palabras. Las letras que nos dejaron se han vuelto ya su cuerpo y su espíritu. Al retratarlos en ausencia, GR nos da su última, personal, intransferible lectura de cada obra, su interpretación crítica y su reminiscencia biográfica del autor. Así, de algún modo recupera también a la persona viviente y doliente que hizo posible el libro, nos permite releerlo en sus rasgos, nos incita a leer lo que desconocemos. Sus retratos son fotografías tomadas a oscuras por la memoria, la imaginación y la inteligencia.

“Ahora que el dibujo ha dejado de ser visto como pariente pobre de un arte mayor para afirmarse él mismo como

una expresión sin nada que pedirle a ninguna otra, este libro de GR será de aquellos que atesoraremos junto a sus grandes semejantes para volver una y otra vez a sus imágenes. José Emilio Pacheco. Mayo de 1978”.